

DON PEDRO JUAN DE LA ROSA.

NUEVA RELACION, EN QUE SE DA CUENTA como este Caballero se enamoró de Doña María de Vargas, ambos naturales de la ciudad de Zaragoza, y pasando á Barcelona la olvidó por Doña Juana Violante: refiérese como su primer dama le siguió, y le sirvió de criado; y yendo á sacar una noche á Doña Juana, las cautivaron los Moros, y se las llevaron á Argel, donde fueron vendidas.

Con lo demás que verá el curioso.

PRIMERA PARTE.

L Os q̄ presumen de amantes, exponiéndose á los riesgos que Cupido les ofrece, de sus servicios en premio, présteme atención un rato,

pues pido me estén atentos: oigan á mi voz que suena en los oídos, aquellos que al mirar otra hermosura, olvidan su amor primero;



pero suceden al fin
disgustos y sentimientos,
y muy apretados lances,
como lo verá el discreto
en esta presente historia,
que á mi auditorio le ofrezco:
y así para proseguir,
pido á todos el silencio.
En la insigne Zaragoza,
de cuantas ilustra Febo,
la mejor de las ciudades
de este español emisferio:
en este jardin hermoso,
residia un caballero,
Don Pedro Juan de la Rosa,
mozo galan y discreto,
y sobre todo muy rico,
que es nobleza en estos tiempos.
Este tal se enamoró
de una dama á quien el cielo
se esmeró en darle mil gracias
pues de ellas era un compendio,
era de hermosas envidia,
de discrecion embeleso,
llevando la primacia
en ayre, garvo y aseo.
Doña María de Vargas
era este raro portento,
que viéndose pretendida
de tan gallardo mancebo
formó gala de entregarle
sus potencias y su afecto.
Quisiéronse algunos dias,
se escribian muchos versos,
hasta que le fue preciso
el ausentarse á Don Pedro.
Partió para Barcelona,
á negocios que no quiero
cantaros en referirlos,
porque no importa saberlo.

Se despidió de su dama,
y ella se quedó vertiendo
un mar de copiosas perlas,
de dolor y sentimiento.
Llegó á la dicha ciudad,
en donde á muy breve tiempo
compuso su dependencia;
y una tarde que saliendo
á divertirse á una huerta,
vido un hermoso portento,
que es Doña Juana Violante,
verla y quererla fue á un tiempo,
y al mismo tiempo olvidó
á sus amores primeros.
Mas se ha de advertir de paso,
que si de hermosura extremo
fue la dama aragonesa,
la catalana en exceso
la aventajaba, y disculpa
se le concede á Don Pedro.
Quedando pues abrasado
en flechas de ardiente fuego,
á un amigo que tenia
le comunicó su intento,
quien respondió que imposible
era alcanzar tal sugeto,
por ser de parte muy recia,
y su padre caballero,
mas que amor vence imposibles,
que le dixese su intento.
Don Pedro, determinado,
amante cuanto resuelto,
por un papel á la dama
le dió á entender sus secretos.
Y Doña Juana Violante
respuesta envió, diciendo:
no pretendas imposibles,
pon tu amor en un sugeto
que te pague con finezas,
que yo aunque quiera, no puedo,

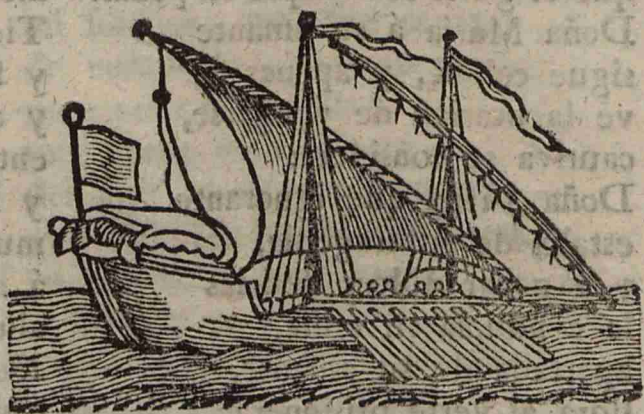
porque mis padres me tienen
prometida á un caballero.
No te descubras á nadie,
ahora ni en ningun tiempo,
porque tengo tres hermanos,
que son centellas de fuego,
y hay hombres en Barcelona,
que si llegan á saberlo,
se arriesgaran nuestras vidas;
con que así por Dios te ruego,
que no envíes mas papeles,
que seamos descubiertos.
Si te quieres ver conmigo,
te has de valer del secreto,
de una tenebrosa noche,
y por un balcon secreto
que dentro del jardin cae,
por allí nos hablaremos;
puede ser que á un imposible
le encontremos algun medio.
Don Pedro quedó confuso,
por ver de que á un mismo tiempo
lo despide, quiere y llama;
y valeroso y dispuesto
se previno de pistolas,
y una noche con silencio
por el jardin asaltando,
hizo seña, y al momento,
así como conoció
la dama que era Don Pedro,
se salió para el jardin,
donde tomaron asiento,
entre fragantes macetas
y hermosos ramilletteros.
Doña Juana sin turbarse
le dixo á su amado dueño:
si te has de casar conmigo
no ha de ser en estos reynos.
Buscando modos y trazas
toda la noche estuvieron,

hasta que viniendo el alva,
sus luces iba tendiendo;
y habiéndose concertado,
gustosos se despidieron.
Don Pedro marchó á su tierra,
donde con mucho secreto,
sin ver á Doña María,
hizo su hacienda dinero,
y solo con un criado,
en dos caballos ligeros
salieron de Zaragoza,
su viage prosiguiendo
á la illustre Barcelona,
donde llegados que fueron,
buscaron posada oculta,
y de noche con silencio
iba allá y comunicaba
con su idolatrado dueño.
Dexémoslos por ahora:
y vamos á que sabiendo
Doña María de Vargas
el viage tan secreto
de su amante, y que llevaba
su hacienda toda en dinero,
tal vez porque en Barcelona
trataria casamiento;
se vistió trage de hombre,
fue á Barcelona, y sabiendo
donde Don Pedro vivia,
con animoso denuedo,
fue á verle, y así le dixo:
ahora poco me dixeran,
que el criado que tenia
vuesamerced se habia muerto;
si gusta de que le sirva,
lo haré por su justo precio.
A Don Pedro parecióle
en su persona dispuesto,
al fin allí se ajustaron,
y entró la dama sirviendo



á su amante fementido,
por apurar mas sus celos,
que á esto la obligó el honor.
Mirad qué lances aquestos:
de noche lo acompañaba,
para que fuese Don Pedro
á visitar á su dama,
y con los rabiosos celos
sufria al fin y callaba,
buscando ocasion y tiempo.
Cumpliósele su designio,
fue que una tarde escribiendo
Doña Juana á su querido,
le dixo: Señor Don Pedro,
para esta noche te aguardo,
porque mis hermanos fueron
á un dilatado viage,
y así sin falta te espero:
te vendrás bien prevenido,
que con joyas y dinero
para las doce te aguardo,
no hagas falta, dulce dueño.
Leyó Don Pedro el papel,
y valeroso y resuelto
se previno de pistolas,
y á la noche con silencio,
llamó al criado y le dixo:
en un muy preciso empeño
me has de asistir esta noche,
para que los dos saquemos
á Doña Juana Violante:
vendrás con grande silencio,
y en executar el lance,
si eres hombre, te prometo
que te será bien pagado.
Ella respondió al momento:
me tendrás á tu obediencia
en ponerme á todo riesgo.
Dixo Don Pedro: un caballo
has de llevar, y en saliendo

la dama, montareis pronto,
y en el sotillo pequeño
de la marina te aguardo;
yo registraré primero,
si está ocupada la calle.
Dieron las doce y de presto
ha salido Doña Juana,
y Doña María luego
la acomodó en el caballo,
cerciorándola primero
como su amo quedaba
esperándola en el puerto.
Con el caballo cargado
de las joyas y dinero
picó el fingido criado,
retirándose del puerto,
donde Don Pedro esperaba,
llevando el dañado intento
de quitarle allí la vida;
mas dentro de breve tiempo
se vieron las dos cercadas
en medio de unos soberbios
Turcos, que con dos fragatas
llegaron hácia aquel puerto,
y con algazara y grita
á Argel al punto partiendo,
en una pública plaza
á pregones las vendieron.
Las compró un Turco muy rico
en mil y quinientos pesos:
á Doña María que iba
en traje de hombre, le dieron
el cargo de unos jardines,
y dentro de breve tiempo
renegó de la ley santa,
y allá se quedó viviendo,
sin tenerse mas noticia.
En donde las dexaremos,
y en otra segunda parte
daré fin á este suceso.



DON PEDRO JUAN DE LA ROSA.

NUEVA RELACION, EN LA QUE SE DECLARA como Doña Juana Violante mató á un Turco, y se pasó á Ceuta con su vestido, donde por sus hazañas obtuvo el empleo de Gobernador de Barcelona, y al hacer justicia de su amante, se descubrió quien era, y se hicieron las bodas. Con todo lo demás que verá el curioso en esta

SEGUNDA PARTE.

YA dixé como quedaron las desgraciadas doncellas en poder de un Turco rico, y Doña María atenta al trabajo insoportable á sus delicadas fuerzas, pues se le habia encargado el cultivo de la tierra,

declaró que era muger, y que estaba ya resuelta á dexar la ley de Cristo, y abrazar aquella secta, con que el cargo le aliviaron, y enamorándose de ella, por muger la tomó un Turco. O dura fortuna adversa,



quán brevemente dispones
que el gusto se trueque en penas!

Doña María á su amante
sigue celosa, y apenas
ve la ocasion de vengarse,
cautiva se considera:

Doña Juana que ignorante
estaba de su tragedia,
y á gozar dulces delicias
la conducia su tema,

apartada de su amante,
llora al verse prisionera;
Don Pedro Juan de la Rosa
llevar á su dama espera
á climas muy apartados,
pero la suerte se trueca,

que ella cautiva y él libre,
perdidos dinero y prendas,
se lastimaba por verse
reducido á la miseria;

que estos infortunios causa
de la fortuna la rueda.

El Turco que á Doña Juana
compró, hecho una centella,
enamorado y rendido

de la cautiva, con tiernas
palabras le dixo un dia:

Cristiana, si tú cumplieras
mi gusto, siendo mi esposa,
verias á tu obediencia
joyas, dinero y cautivos.

Y Doña Juana, resuelta
le respondió; no te canses
en eso, porque la secta
que profesas de Mahoma,
no la quiero aunque perdiera
mas riquezas y mas vidas
que contiene el mar arenas.

Quedóse el Turco suspenso,
y viéndola tan resuelta,

para rendirla á su gusto,
modos y trazas ordena.

Tiene el Turco unos jardines
y frondosas arboledas,
y con intencion dañada

entró á Doña Juana en ellas,
y le dixo así: es posible,
muger, que no te sujetas
á mi voluntad? Y al punto,
abrazándose con ella,

Doña Juana que llevaba
oculto en la faldriquera
un puñal de fino acero,
lo sacó, y con ligereza
le dió la muerte al alarbe
con cinco heridas sangrientas.

Y quitándose el vestido,
se puso con diligencia
del Turco toda la ropa,
y montó con ligereza
en un soberbio caballo
que el Turco tenia, y entra
resuelta por la espesura.

A tiempo que las tinieblas
el sol venia rompiendo,
y dando luz á tierra,
descubrió, aunque dilatadas
las fortalezas de Ceuta;
y si bien hallaba á muchos,
como sabia la lengua,
é iba vestida de turco,
fue imposible el conocerla.

Al cerrar la obscura noche
llegó á las puertas de Ceuta,
diciendo que era Cristiano
cautivo, y pidió que abrieran.
El centinela dió aviso,
al Gobernador dan cuenta,
y sin detenerse un punto,
mandó que abrieran la puerta,

y executado lo dicho,
entró Doña Juana en Ceuta;
sentó plaza, y luego al punto
le dieron una bandera.
Ella contra el Mequinez
hizo salidas diversas,
donde conduxo á la plaza
muy considerables presas,
y en un año de servicio
alcanzó por su destreza
de Capitan la vengala,
y estuvo segun se cuenta,
tres años en el servicio
de nuestro Rey en defensa.
Estando un dia en la plaza
jugando la espada negra,
á vista de un gran concurso,
tomó la espada con ella
no menos que su querido,
y ella se quedó suspensa:
jugaron los dos cortesés,
y luego con una seña
lo llamó aparte, y le dixo:
señor Soldado, quisiera
solo saber quién vos sois?
pues que sin tener reserva,
quisisteis jugar conmigo,
sabiendo que me veneran
por Capitan en la plaza;
y otra vez no le suceda
ponerse á jugar, y ahora
ha de decir de qué tierra
sois natural. Y Don Pedro
respondió de esta manera:
señor, su merced perdone
lo descortés, y mi tierra
es la ilustré Zaragoza.
Entonces respondió ella:
pues por qué causa has venido
debajo de las banderas

de nuestro invicto Monarca?
Y dixo: fue tan adversa
mi fortuna, que fue causa
de verme de esta manera;
pues salí con mi criado
una noche á la Ribera
del mar, donde se discurre
que hicieron los Moros presa
en una dama que quiso
la llevase yo á otra tierra.
Como faltó mi criado,
y vieron por la Ribera
andar solo mi caballo,
que muy conocido era,
dieron parte á la justicia,
y tres hermanos que ella
tenia, para matarme
hicieron las diligencias.
Me precisó el sentar plaza,
y ahora me hallo en Ceuta,
todo perdido, y perdida
(que es lo que siento) mi prenda.
No hay que perder la esperanza
que el mundo da muchas vueltas:
si quereis ser mi criado,
puede ser que aquestas penas
lleguen á tener remedio.
El respondió: así cumpliera,
y fuera tal mi fortuna,
señor, de que te sirviera.
En fin se quedó Don Pedro
siendo criado de aquella
que en algun tiempo adoraba,
sin llegar á conocerla.
Un año estuvo Don Pedro
sirviendo á su amada prenda,
y al cabo de aqueste tiempo
le vino orden expresa
de que pase á Barcelona,
dándole por conveniencia

de Gobernador la vara,
que así nuestro Rey lo ordena.
Llamó al criado y le dixo:
Pedro, sabrás que á la tierra,
donde me cuentas y dices
que era tu querida prenda,
me voy por Gobernador,
y ya tengo la licencia
para que conmigo vayas.
El respondió: así pudiera,
mas no voy á Barcelona,
porque al punto que me vean
solicitarán mi muerte.
Ella respondió: qué pena
te dá, viniendo conmigo?
por eso no te detengas.
En fin en una balandra
se embarcan, y en breve llegan
al puerto de Barcelona,
y así que saltan en tierra,
recibió la posesion
con mucha pompa y grandeza,
y al siguiente dia fueron
con muy repetidas quejas
los padres de Doña Juana,
diciendo: si usted quisiera,
señor, obrar en justicia,
el que viene en su asistencia
es el que sacó á mi hija,
y es preciso comparezca;
haremos la informacion.
Y al punto que estuvo hecha,
llamó al criado y le dixo:
Pedro, por ser la primera
justicia que me han pedido,
no puedo negarme á ella;
si no parece esta dama,
será preciso que mueras.
Lo metió en un calabozo,
y al instante lo sentencia,

sin que tenga apelacion,
que alcabuceado muera.
Doña Juana se previno
de un buen vestido de seda,
y de este mugeril traje
se cubrió todas las prendas.
Salen todos á la plaza,
y mandó que lo pusieran
amarrado á una columna,
á executar la sentencia;
y estando para tirarle,
dixo Doña Juana: tengan,
que ha dicho un sugeto ahora,
que está por cosa muy cierta
en Barcelona la dama.
Dixeron los padres de ella,
no puede ser, que en seis años
no se oyó noticia cierta.
Dentro de la plaza está,
replicó, y la vara deja
con un varonil donayre;
y dicho esto con presteza
tiró la capa y sombrero,
el vestido oculto ostenta,
quedóse en traje de dama,
diciendo: miren si es esta.
Fue tanta la gritería
y alborozo, que no acierta
hoy mi pluma á ponderarlos:
porque los dos padres de ella
todo eran gritos y abrazos,
viendo su querida prenda.
Llegó esta noticia al Rey:
su Magestad luego ordena,
que se haga el casamiento
con muy espléndidas fiestas,
y se le entregue la vara
á Don Pedro, y con grandeza
vivieron los dos gustosos,
sirviendo á Dios muy de veras.



DOÑA JUANA DE LA ROSA.

SEGUNDA PARTE, EN QUE SE DA CUENTA, como encontró un hombre, con quien trocó sus vestidos, y partió en busca de su amante: refiérese, como habiéndole encontrado, tomó cruel venganza de su honor. Con todo lo demas que verá el curioso Lector.

ENtre la gente discreta lo que se empieza se acaba, porque principio sin fin tiene mucha disonancia. Y así discreto auditorio, si lo molesto no cansa de mi mal cortada pluma, dexaré finalizada esta lamentable historia de la linda Doña Juana de la Rosa, para exemplo de todas las otras damas; y que sirva de escarmiento à aquellas, que de palabras

de fementidos se creen, viéndose luego burladas. Ya dixé como el traydor con sigilo se levanta del lado de su querida, y aun tuvo intencion dañada de matarla así durmiendo; pero tomando la caja con las joyas y dinero, monta en su caballo y marcha, insultando aun con sus dichos à quien sin honor dexaba: vuelvo à la que está dormida, que quando el alva rayaba

y

y alegres los paxaritos,
con gorgeos le hacen salva,
y apenas el sol asoma
de oriente por las ventanas,
al resplandor de sus luces
reverbera la campaña,
matizada de mil flores,
y con suavidades varias
del campo la lozania
despide olor y fragancia:
despertó del dulce sueño,
que su sentido embargaba,
alegre pensando hallarse
al lado del que adoraba,
dueño de su honor, que alevè
se fue y la dexó burlada;
mas no hallándolo, decia:
ay suerte mas desgraciada!
ay mas contraria fortuna!
ay muger tan desdichada
como yo, que así me veo
sola en aquestas montañas!
O Rosa, quién te dixera,
quando estabas remontada
en tus dorados pimpollos,
que habías de ser hollada!
O tio del alma mia,
si por dicha yo tomara
tus consejos, no me viera
de miserias rodeada!
O paxarillos pintados,
que alegráis esas montañas,
para divertir mis penas,
no cese vuestra algazara;
aunque mas bien el silencio
mi sentimiento os encarga;
para alcanzar al aleve,
prestadme sino las alas.
Esto dixo, y caminando
por aquella honda cañada,

encontró con un buen hombre,
que andaba en el monte à caza.
Quando el Cazador la vido
tan compuesta y tan bizarra,
compadecido la dixo:
dime, muy hermosa dama,
quién te traxo à aqueste monte,
que lo tengo à señal mala?
Y ella respondiòle: amigo,
me ha traído mi desgracia,
y mi contraria fortuna,
pues quiso con su mudanza
derribarme de su rueda,
para que viva angustiada:
habiéndome yo criado
de bienes con abundancia,
hoy reducida me veo
al estado en que me hallas,
sin hacienda, sin parientes,
sola y en tierras estrañas.
Todo el suceso le cuenta,
y el hombre la consolaba,
diciendo: aquí está un lugar,
que le llaman la Alpujarra,
en el qual hay un convento
de Trinitarias Descalzas,
donde podeis retraeros,
aunque sirvais de criada,
que es lástima que os perdais,
por ser tan linda y muchacha.
Vuestro consejo agradezco,
pero no es cosa acertada,
dexar por mi diligencia
mi reputacion en calma.
Yo he de vengarme ò perderme,
supuesto estoy arrestada.
Si quereis por esta ropa
darme calzon y casaca,
una espada y un sombrero,
que es lo que ahora me falta,

os lo estimaré infinito,
y me hareis merced muy alta.
Como el buen hombre la vido
resuelta y tan arrestada,
la llevó à una casería
de las viñas que guardaba.
Armóse de punta en blanco
desde el cabello à la planta,
que un Alexandro parece
con la librea mudada.
Despuntóse con acuerdo
la madexa, que causaba
recreo à quantos la vian
por lo rubia, hermosa y larga;
y al despedirse, le dixo:
el cielo os dará la paga,
amigo, de esta fineza,
que yo no puedo pagarla.
Tomó camino adelante,
diciendo con arrogancia:
no te has de escapar, villano,
de las flechas que dispara
mi corazon contra el tuyo;
espera, traydor, aguarda,
no temas à una muger,
que es cobardía villana.
Mas de seis meses anduvo
corriendo provincias varias,
y diferentes ciudades;
mas viendo que no le hallaba
por diligencias que hizo,
de Soldado sentó plaza.
Fue prodigio por la mar
de la nacion lusitana,
y en los mayores aprietos
al peligro se arrojaba,
diciendo continuamente:
ò muerte, cómo te tardas!
por qué à una infeliz le niegas,
que salga de penas tantas?

Al Rey sirvió siete años
por la tierra y por el agua,
y por sus hechos tan nobles
de Capitan la vengala
obtuvo, y en este tiempo
la guerra se sosegaba.
Se deshizo el campamento,
mandóse se retiraran,
y aloxó su Compañia
en la ciudad de Viana.
Con un Sargento Mayor
tuvo no sé qué palabras:
y como dice el adagio,
las palabras son la causa
que se pierdan muchos hombres,
y se destruyan las casas;
se enredaron de manera,
que arrancando las espadas,
se firmó Rosa con él,
y à las primeras levadas,
dió con el Mayor en tierra,
maltrató un Cabo de esquadra,
y à algunos de los Soldados
que acudieron de la guardia.
Recelando un mal suceso,
de la ciudad se ausentaba:
se fue à Nápoles la bella,
corrió las costas de Italia,
partió para la Inglaterra,
visitó Escocia è Irlanda,
y tuvo un lance apretado
en Aguas muertas en Francia,
que fue dicha hallar escapo,
porque muchos la buscaban.
A Roma se pasó alegre,
donde estuvo tres semanas,
visitando santuarios,
y las indulgencias gana:
oyó la misa del Preste,
y besó la mano al Papa.

En



En esto tuvo noticia,
como se ponía en marcha
un Esquadron de Soldados
de las milicias romanas
à los Estados de Flándes,
que ver ella deseaba:
se entregó al mar otra vez
sobre la fe de una tabla;
y con viento favorable
prosiguiendo su jornada,
desembarcaron alegres,
llegaron à las murallas
de la ciudad de Bruselas,
de mucho nombre en la fama.
A breve tiempo adquirió
noticias, como se hallaba
Don Alonso de Mendoza,
que era à quien ella buscaba.
Hizo de él pesquisa, y supo,
que con una Valenciana
de mucho caudal y hacienda
acomodado se hallaba,
y bien distante vivia
de la suerte tan infausta
que el brazo de Doña Rosa
le tenia preparada.
Ella hacia diligencias
por hallarle, y en la plaza
mayor le vió entre otros Nobles:
encubrióse, y tuvo maña
para bien asegurarse;
y por su talle y el habla,
por lo ayroso de su cuerpo,
y un lunar en la garganta,
aseguróse que él era,
y estando bien informada,
descerrajó una pistola
con quatro feroces balas,
lo atravesó por el pecho.
Cayó el infeliz de espaldas,

F

y los que estaban con él
arrancaron las espadas;
mas con un compás de diestra
ha grangeado las gradas
de la Iglesia, entróse dentro,
y los Clérigos la amparan.
Hizo venir al Obispo,
y le dixo estas palabras:
Ilustrísimo Señor,
Padre en el mundo de almas,
sabrás como soy muger,
de sangre calificada,
que en Barcelona nació.
el mayor blason de España.
Un traydor es el que he muerto,
por vengar mi honor y fama:
Don Alonso es de Mendoza,
ya estoy bien asegurada,
que si no, no me atrevieras;
y le cuenta lo que pasa.
Su Ilustrísima admirado,
le dice: muger, levanta,
que te juro y te prometo,
que mi sagrado te valga.
Al otro dia en la tarde
en su carroza la saca,
la paseó por las calles,
y las mas públicas plazas,
y la entró en un monasterio,
donde hizo vida muy santa.
Tomad exemplo, señoras,
no tengais la historia à chanza,
pues muchas se ven perdidas,
sin honor, lustre ni fama,
por querer seguir sus gustos
con facilidad sobrada.
Y esta nueva Relacion
compuso Lúcas de Ocaña
en los Estados de Flándes,
para que vuele su fama.

I

N.